

Colección
PSICOTECA MAYOR

GILI-O'DONNELL

El juego

MANNONI, M.

La primera entrevista con el psicoanalista

MINUCHIN, S.

Familias y terapia familiar

WINNICOTT, D. W.

Realidad y juego

KAËS, R.

El aparato psíquico grupal

KAËS-ANZIEU

Crónica de un grupo

LEMOINE G. y P.

Teoría del psicodrama

SMALL, L.

Psicoterapias breves

VERDIGLIONE, DELEUZE y OTROS

Psicoanálisis y semiótica

CHERTOK-DE SAUSSURE

Nacimiento del psicoanalista

BERGERET, J.

La personalidad normal y patológica

WINNICOTT, D. W.

The Piggle. Psicoanálisis de una niña pequeña

HAROLD SEARLES

Escritos sobre esquizofrenia

GENNIE y PAUL LEMOINE

Jugar - Gozar

ROGER GENTIS

Lecciones del cuerpo

STIERLIN - RÜCKER-EMBDEN - WETZEL - WIRSCHING

Terapia de familia

S. H. FOULKES

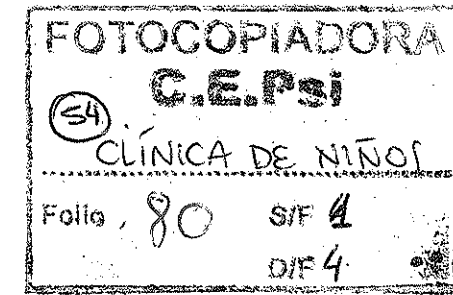
Psicoterapia grupoanalítica

DIATKINE - FERREIRO - GARCÍA REINOSO - LEOVICI -

VOLNOVICH

Problemas en la interpretación en psicoanálisis de niños

D. W. Winnicott



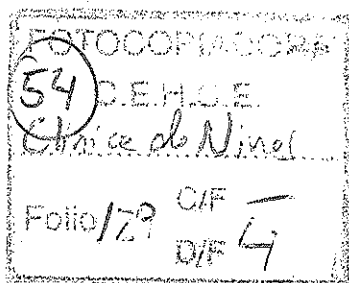
**REALIDAD
Y JUEGO**

54 F172

1

iación de objeto que no son determinados por los impulsos. Yo he subrayado los del juego que no tienen esa determinación. Presenté ejemplos para ilustrar la interrelación correspondiente a los fenómenos de dependencia y adaptación, cuyo lugar natural es la infancia y la paternidad. Señalé asimismo que gran parte de nuestra vida se dedica a la interrelación en términos de identificaciones cruzadas.

Ahora deseo referirme a las relaciones que corresponden de manera específica al manejo de la rebelión adolescente por los padres.



*CONCEPTOS CONTEMPORANEOS
SOBRE EL DESARROLLO ADOLESCENTE,
Y LAS INFERENCIAS QUE DE ELLOS
SE DESPRENDEN EN LO QUE RESPECTA
A LA EDUCACION SUPERIOR¹*

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Mi enfoque de este vasto tema tiene que derivar del terreno de mi experiencia especial. Las observaciones que efectúo son modeladas en el molde de la actitud psicoterapéutica. Como psicoterapeuta, pienso, por supuesto, en términos de

- a) el desarrollo emocional del individuo;
- b) el papel de la madre y de los padres;
- c) la familia como desarrollo natural en términos de las necesidades de la infancia;
- d) el papel de las escuelas y otros agrupamientos vistos como ampliaciones de la idea de la familia, y el alivio respecto de pautas familiares establecidas;
- e) el papel especial de la familia en su relación con las necesidades de los adolescentes;
- f) *la inmadurez del adolescente;*
- g) el logro gradual de la madurez en la vida del adolescente;
- h) el logro, por el individuo, de una identificación con agrupamientos sociales y con la sociedad, sin una pérdida demasiado grande de espontaneidad personal;
- i) la estructura de la sociedad, término que se usa como sustan-

¹ Parte de un simposio realizado en la 21a. Reunión Anual de la Asociación Británica de Sanidad Estudiantil, en Newcastle sobre el Tyne, el 18 de julio de 1968.

tivo colectivo, pues la sociedad está compuesta de unidades individuales, maduras o no;

- j) las abstracciones de la política, la economía, la filosofía y la cultura, vistas como culminación de procesos naturales de crecimiento;
- k) el mundo como superposición de mil millones de pautas individuales, una sobre la otra.

La dinámica es el proceso de crecimiento, que cada individuo hereda. Se da por sentado el ambiente facilitador, lo bastante bueno, que al comienzo del crecimiento y desarrollo de cada individuo es un *sine qua non*. Hay genes que determinan pautas y una tendencia heredada de crecimiento y logro de la madurez, pero nada sucede en el crecimiento emocional que no se produzca en relación con la existencia del ambiente, que tiene que ser lo bastante bueno. Se advertirá que la palabra perfecto no entra en esta formulación; la perfección tiene que ver con las máquinas, y las imperfecciones que son características de la adaptación humana a la necesidad constituyen una cualidad esencial del ambiente que facilita.

En la base de todo esto se encuentra la idea de la *independencia individual*, siendo la dependencia casi absoluta al principio; luego cambia, poco a poco y en forma ordenada, para convertirse en dependencia relativa y orientarse hacia la independencia. Esta no llega a ser absoluta, y el individuo a quien se ve como una unidad autónoma, en la práctica nunca es independiente del medio, si bien existen formas gracias a las cuales, en su madurez, puede *sentirse* libre e independiente, tanto como haga falta para la felicidad y para el sentimiento de posesión de una identidad personal. Mediante las identificaciones cruzadas se esfuma la tajante línea divisoria del yo y el no-yo.

Lo único que hice hasta ahora es enumerar varios apartados de una enciclopedia de la sociedad humana en términos de una perpetua ebullición en la superficie del caldero del crecimiento individual, visto colectivamente y reconocido como dinámico. La porción que puedo encarar aquí es necesariamente limitada en sus dimensiones, por lo cual me resulta importante colocar lo que diré contra el vasto telón de fondo de la humanidad, a la cual se puede ver de muchas maneras distintas, con el ojo aplicado en uno u otro extremo del telescopio.

¿ENFERMEDAD O SALUD?

En cuanto dejo las generalidades a un lado y comienzo a ocuparme de aspectos específicos, debo incluir tal cosa y rechazar tal otra. Por ejemplo, está la cuestión de la enfermedad psiquiátrica personal. La sociedad abarca a todos sus miembros. Cuando están psiquiátricamente sanos, estos constituyen y mantienen la estructura de aquella. Pero la sociedad también tiene que contener a los que se encuentran enfermos; por ejemplo:

- a) los inmaduros (en edad);
- b) los psicopáticos (producto final de privaciones; personas que, *cuando abrigan esperanzas*, deben hacer que la sociedad reconozca el hecho de su privación, ya se trate de un objeto bueno o querido, o de una *estructura* satisfactoria, respecto de la cual se pueda confiar que soportará las tensiones provocadas por el movimiento espontáneo);
- c) los neuróticos (acosados por una motivación y una ambivalencia inconscientes);
- d) los melancólicos (que vacilan entre el suicidio y otra alternativa, que puede abarcar las más elevadas consecuencias en términos de contribución);
- e) los esquizoides (que ya tienen fijada la tarea de toda su vida, a saber, el establecimiento de sí mismos, cada uno de ellos como individuo con sentimientos de identidad y de realidad);
- f) los esquizofrénicos (que, por lo menos en las fases de enfermedad, no pueden sentirse reales, y que [en el mejor de los casos] logran algo sobre la base de vivir por delegación).

A todos estos debo agregar la categoría más incómoda —que incluye a muchas personas que llegan a puestos de autoridad y responsabilidad—, es decir, los paranoides, los dominados por un sistema de pensamiento. Este sistema debe ser exhibido constantemente para explicarlo todo, siendo la alternativa (para el individuo enfermo de ese modo) una aguda confusión de ideas, un sentimiento de caos y la pérdida de la predictibilidad.

En cualquier descripción de enfermedad psiquiátrica hay una superposición. Las personas no se ubican con esmero en agrupamientos por enfermedades. Esto es lo que hace que a los médicos y cirujanos les resulte tan difícil entender la psiquiatría. “Usted tiene la enfermedad —dicen—, y nosotros tenemos la cura (o la tendremos dentro de uno o dos años).” Ningún rótulo psiquiá-

trico se acomoda con exactitud al caso, y menos que ninguno el de "normal" o "sano".

Podríamos observar a la sociedad en términos de enfermedad, y ver cómo sus miembros enfermos en uno u otro sentido llaman la atención, y cómo resulta coloreada por los agrupamientos por enfermedades que se inician en los individuos; o bien sería posible examinar la manera en que las familias y las unidades sociales producen individuos psiquiátricamente sanos, en tanto que la unidad social a la que pertenecen en un momento dado los deforma o los vuelve ineficaces.

Yo he decidido no mirar a la sociedad de ese modo. Prefiero verla *en términos de su salud*, es decir, en su salud o perpetuo rejuvenecimiento naturales, gracias a sus miembros psiquiátricamente sanos. Digo esto aunque sé que a veces la proporción de los integrantes psiquiátricamente enfermos de un grupo puede ser demasiado elevada, de forma que los elementos sanos no pueden contrarrestarlos, ni siquiera con la suma total de su salud. Entonces la propia unidad social se convierte en una baja psiquiátrica.

Por consiguiente, estudiaré a la sociedad como si estuviese compuesta por personas sanas en el plano psiquiátrico. ¡Y aún así se verá que aquella tiene bastantes problemas! ¡Muchos, en verdad!

Adviértase que no he usado el término "normal". Esta palabra tiene una excesiva vinculación con un modo de pensar fácil. Creo, sin embargo, que existe algo que se llama salud psiquiátrica, lo cual significa que me siento justificado al estudiar a la sociedad (según lo han hecho otros) como formulación, en términos colectivos, del crecimiento individual orientado hacia la realización personal. Me baso en el axioma de que, puesto que no existe sociedad, a no ser como estructura producida, mantenida y reconstruida a cada rato por los individuos, no hay realización personal sin sociedad, ni sociedad fuera de los procesos de crecimiento colectivos de los individuos que la componen. Y debemos aprender a dejar de buscar el ciudadano del mundo y conformarnos con encontrar aquí y allá a personas cuyas unidades sociales se extienden más allá de la versión local de sociedad, o más allá del nacionalismo, o de los límites de una secta religiosa. En rigor, tenemos que aceptar el hecho de que las personas psiquiátricamente sanas dependen, para su salud y su realización personal, de su *lealtad a una zona delimitada de la sociedad*, quizás al club de bolos local. ¿Por qué no?

Solo nos vemos en aprietos cuando buscamos por todas partes a Gilbert Murray.

LA TESIS PRINCIPAL

Una exposición positiva de mi tesis me lleva en el acto a los enormes cambios que se produjeron en los últimos cincuenta años, en relación con la importancia de una crianza materna lo bastante buena. Esta incluye también a los padres, quienes deberán permitirme que use el término "materna" para describir la actitud total respecto de los bebés y su cuidado. El término "paterno" aparece por fuerza un poco más tarde que "materno". El padre, como varón, se convierte poco a poco en un factor importante. Y luego viene la familia, cuya base es la unión del padre y la madre, y la responsabilidad compartida por lo que crearon juntos y que nosotros llamamos un nuevo ser humano: un bebé.

Permítaseme que me refiera a la existencia del elemento materno. Sabemos que tiene importancia la forma en que se sostiene y manipula a un bebé, que la tiene quien lo cuida, y el conocimiento de si se trata de la madre o de otra persona. En nuestra teoría del cuidado del niño, la continuidad de dicho cuidado ha llegado a ser un rasgo central del concepto del ambiente facilitador, y entendemos que gracias a esa continuidad, y solo con ella, puede el nuevo bebé, en situación de dependencia, gozar de continuidad en la línea de su vida, y no pasar por una pauta de reacción ante lo impredecible y volver a empezar una y otra vez (cf. Milner, 1934).

Debo referirme aquí a la obra de Bowlby (1969): si la reacción del niño de dos años ante la pérdida de la persona de la madre (aunque se trate de una pérdida temporaria) se extiende más allá del lapso en que aquel es capaz de mantener viva la imagen de ella, ha sido reconocida en general, aunque todavía no se la haya explotado a fondo; pero la idea que hay detrás de ello engloba todo el tema de la continuidad de los cuidados, y data del comienzo de la vida personal del bebé, es decir, desde antes de que este perciba, de manera objetiva, a la madre íntegra como la persona que es.

Otro aspecto nuevo: como psiquiatras infantiles no nos preocupa solo la salud. Ojalá pudiera decirse lo mismo de la psiquiatría en general. Nos interesa la riqueza de la felicidad que se

construye en salud y que *no crece* en mala salud psiquiátrica, aunque los genes puedan empujar al bebé hacia su realización personal.

Ahora observamos los barrios de inquilinatos, no solo con horror, sino con la mirada atenta a la posibilidad de que para un bebé y un niño pequeño una familia de barrio pobre sea más segura y "buena", como ambiente facilitador, que una familia de una casa encantadora, donde faltan las persecuciones comunes.² Además considero que vale la pena encarar las diferencias esenciales que existen entre los grupos en términos de costumbres aceptadas. Tómese el fajamiento, en oposición al permiso otorgado al bebé para explorar y patear, que rige en forma casi universal en la sociedad, tal como la conocemos en Gran Bretaña. ¿Cuál es la actitud local respecto de los chupetes, la succión del pulgar, los ejercicios autoeróticos en general? ¿Cómo reacciona la gente ante las incontinencias naturales de los primeros momentos de la vida y su relación con la continencia? Etcétera. La fase de Truby King todavía se encuentra en el proceso de su liquidación por adultos que tratan de dar a sus bebés el derecho de descubrir una moral personal, y en ello percibimos una reacción contra el adoctrinamiento, que llega hasta el extremo de la permisividad total. Podría resultar que la diferencia entre el ciudadano blanco de Estados Unidos y el de piel negra no tenga tanto que ver con el color de la epidermis como con la alimentación a pecho. Es incalculable la envidia de la población blanca alimentada a biberón, contra los negros, que en su mayor parte, según creo, son alimentados a pecho.

Se advertirá que me preocupa una motivación inconsciente, algo que no llega a ser del todo un concepto popular. Los datos que necesito no pueden obtenerse con un cuestionario. No es posible programar una computadora de modo que averigüe motivaciones inconsciente en los individuos que representan a los conejillos de Indias de una investigación. Este es el punto en que quienes se han pasado la vida haciendo psicoanálisis deben pedir a gritos salud, en contra de la creencia insana en los fenómenos superficiales que caracterizan a las investigaciones de los seres humanos hechas por medio de computadoras.

² El apiñamiento, el hambre, la infestación, la constante amenaza de enfermedades físicas y desastres, y de las leyes promulgadas por una sociedad benévola.

Más confusión

Otra fuente de confusión es la voluble suposición de que si las madres y los padres crían bien a sus bebés y niños, habrá menos problemas. ¡Lejos de ello! Esto tiene mucho que ver con mi tema principal, porque deseo sugerir que cuando estudiamos la adolescencia, en la cual los éxitos y fracasos del cuidado del bebé y el niño empiezan a ser empollados, algunos de los problemas actuales se relacionan con los elementos positivos de la crianza moderna, y de las actitudes modernas respecto de los derechos del individuo.

Si se hace todo lo posible para promover el crecimiento personal de los descendientes, habrá que hacer frente a resultados sorprendentes. Si sus hijos llegan a encontrarse a sí mismos, no se conformarán con encontrar algo, sino que buscarán la totalidad, y ello incluirá la agresión y los elementos destructivos que existen en ellos, tanto como los que se puede denominar amantes. Y se producirá esa larga pendencia a la que habrá que sobrevivir.

Con algunos de sus hijos, tendrán suerte si sus acciones los ponen rápidamente en condiciones de usar símbolos, jugar, soñar, ser creadores en formas satisfactorias, pero aun así es posible que el camino para llegar a ese punto sea pedregoso. Y sea como fuere, ustedes cometerán errores, que serán vistos y sentidos como desastrosos, y sus hijos tratarán de hacer que se sientan responsables por los reveses, incluso en los casos en que no lo sean. "Yo no pedí que me engendraran", dirán.

Las recompensas que ustedes obtengan vendrán en la forma de la riqueza que aparezca poco a poco en el potencial personal de tal o cual joven o muchacha. Y si tienen éxito en ese sentido, deben estar preparados para los celos que sentirán respecto de sus hijos, que cuentan con mejores oportunidades para el desarrollo personal de las que tuvieron ustedes. Se considerarán recompensados si algún día su hija les pide que les cuiden a sus propios hijos, con lo cual indicará que opina que pueden hacerlo en forma satisfactoria; o si su hijo quiere parecerse a ustedes de alguna manera, o si se enamora de una muchacha que usted mismo habrían podido querer, si hubiesen sido más jóvenes. Las recompensas llegan *de modo indirecto*. Y, por supuesto, ustedes saben que no recibirán agradecimientos.

MUERTE Y ASESINATO EN EL PROCESO ADOLESCENTE³

Pasó ahora a la reformulación de estos aspectos, dado que afectan la tarea de los padres cuando sus hijos están en la etapa de la pubertad, o en medio de los tormentos de la adolescencia.

Si bien se publican muchos trabajos vinculados con los problemas individuales y sociales que surgen en esta década, cuando los adolescentes tienen libertad para expresarse, cabe un nuevo comentario personal sobre el contenido de la fantasía adolescente.

En la época de crecimiento de la adolescencia los jóvenes salen, en forma torpe y excéntrica, de la infancia, y se alejan de la dependencia para encaminarse a tientas hacia su condición de adultos. El crecimiento no es una simple tendencia heredada, sino, además, un entrelazamiento de suma complejidad con el ambiente facilitador. Si todavía se puede usar a la familia, se la usa, y mucho; y si ya no es posible hacerlo, ni dejarla a un lado (utilización negativa), es preciso que existan pequeñas unidades sociales que contengan el proceso de crecimiento adolescente. Los mismos problemas que existían en las primeras etapas, cuando los mismos chicos eran bebés o niños más o menos inofensivos, aparecen en la pubertad. Vale la pena destacar que si uno ha pasado bien por esas primeras etapas, y hace lo propio en las siguientes, no debe contar con un buen funcionamiento de la máquina. En rigor, tiene que esperar que surjan problemas. Algunos de ellos son intrínsecos de esas etapas posteriores.

Resulta valioso comparar las ideas adolescentes con las de la niñez. Si en la fantasía del primer crecimiento hay un contenido de muerte, en la adolescencia el contenido será de asesinato. Aunque el crecimiento en el período de la pubertad progresa sin grandes crisis, puede que resulte necesario hacer frente a agudos problemas de manejo, dado que crecer significa ocupar el lugar del padre. Y lo significa de veras. En la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo. Y el niño ya no tiene estatura de tal.

Creo que es tan legítimo como útil observar el juego de "Soy el rey del castillo". Este juego corresponde al elemento

³ Publicado con el título de *Adolescent Process and the Need for Personal Confrontation*, en *Pediatrics*, vol. 44, número 5, Primera Parte, 1969.

masculino que hay en chicas y muchachos. (También se podría formular el tema en términos del elemento femenino de las muchachas y chicos, pero no puedo hacerlo aquí.) Es un juego de la primera etapa de la latencia, y en la pubertad se convierte en una situación de la vida.

"Soy el rey del castillo" es una formulación de existencia personal. Es una consecución de crecimiento emocional individual, una situación que implica la muerte de todos los rivales o el establecimiento del dominio. En las siguientes palabras se muestra el ataque esperado: "Y tú eres el vil pillastre" (o "Abajo, vil pillastre"). Uno nombra al rival y ya sabe cuál es su propia posición. Pronto el vil pillastre derriba al rey y se convierte a su vez en monarca. Los Opie se refieren a ese verso. Dicen que el juego es viejísimo y que Horacio (20 a. de C.) presenta de la siguiente manera las palabras infantiles:

*Rex erit qui recte faciet;
Qui non faciet, non erit.*

No hay por qué pensar que la naturaleza humana ha cambiado. Debemos buscar lo perdurable en lo efímero; traducir este juego infantil al lenguaje de la motivación inconsciente de la adolescencia y la sociedad. Si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se logrará por sobre el cadáver de un adulto. (Doy por sentado que el lector sabe que me refiero a la fantasía inconsciente, al material que subyace en los juegos.) Sé, por supuesto, que los jóvenes y las chicas se las arreglan para pasar por esta etapa de crecimiento en un marco permanente de acuerdo con los padres reales, y sin expresar una rebelión obligatoria en el hogar. Pero conviene recordar que la rebelión corresponde a la libertad que se ha otorgado al hijo, al educarlo de tal modo que exista por derecho propio. En algunos casos se podría decir: "Sembraste un bebé y recogiste una bomba." En rigor esto siempre es así, pero no siempre lo parece.

En la fantasía inconsciente total correspondiente al crecimiento de la pubertad y la adolescencia existe la muerte de alguien. Mucho puede lograrse en el juego y con los desplazamientos, y sobre la base de las identificaciones cruzadas; pero en la psicoterapia del adolescente (y hablo como psicoterapeuta) la muerte y el triunfo personal aparecen como algo intrínseco del proceso de maduración y de la adquisición de la categoría de adulto. Esto plantea grandes dificultades a padres y tutores. Es claro que también las presenta a los propios adolescentes, que llegan con timidez al asesinato y el triunfo corres-

pondientes a la maduración en esta etapa crucial. El tema inconsciente puede hacerse manifiesto como la experiencia de un impulso suicida, o como un suicidio real. Los padres están en condiciones de ofrecer muy escasa ayuda; lo mejor que pueden hacer es *sobrevivir*, mantenerse intactos y sin cambiar de color, sin abandonar ningún principio importante. Esto no quiere decir que no puedan crecer ellos mismos.

En la adolescencia se convertirán en bajas o llegarán a una especie de madurez en términos de sexo y matrimonio, y quizá sean padres como los suyos propios. Y ello puede bastar. Pero en segundo plano se desarrollará una lucha de vida o muerte. La situación no posee su plena riqueza si se evita con demasiada facilidad y éxito el choque de las armas.

Esto me trae a mi punto central, el tan difícil de la *inmadurez* del adolescente. Los adultos maduros deben conocerlo, y creer en su propia madurez como nunca creyeron hasta ahora ni creerán después.

Entiéndase que resulta difícil formular todo esto sin correr el riesgo de ser mal entendido, pues hablar de la inmadurez podría parecer un descenso de nivel. No es esa la intención.

Es posible que de pronto un niño de cualquier edad (digamos de seis años) necesite hacerse responsable, quizá por la muerte de uno de los padres o por la separación de la familia. Ese niño será prematuramente viejo y perderá espontaneidad y juegos, y el alegre impulso creador. Es más frecuente que se encuentre en esa situación un adolescente, que de repente se vea con el voto o la responsabilidad de dirigir un colegio. Es claro que si las circunstancias varían (por ejemplo, si uno enferma o muere, o se ve en aprietos financieros), no se podrá dejar de invitar al joven a que se convierta en un agente responsable antes de que madure la ocasión. Quizás deba cuidar a niños menores, o educarlos, y puede existir una absoluta necesidad de dinero para vivir. Pero las cosas son muy distintas cuando, por política deliberada, los adultos delegan la responsabilidad; por cierto que hacer tal cosa puede ser una forma de traicionar a los hijos en un momento crítico. En términos del juego, o del juego de la vida, se abdica en el preciso momento en que ellos vienen a matarlo a uno. ¿Alguien se siente feliz con eso? Sin duda que no el adolescente, quien entonces se convierte en el establecimiento. Se pierde toda la actividad imaginativa y los esfuerzos de la inmadurez. Ya no tiene sentido la rebelión, y el adolescente que triunfa demasiado temprano re-

sulta presa de su propia trampa, tiene que convertirse en dictador y esperar a ser muerto, no por una nueva generación de sus propios hijos, sino por sus hermanos. Como es lógico, trata de dominarlos.

He aquí uno de los tantos lugares en que la sociedad hace caso omiso de la motivación inconsciente, con peligro de sí misma. No cabe duda de que el material cotidiano del trabajo de los psicoterapeutas podría ser usado un poco por sociólogos y políticos, así como por los adultos corrientes, es decir, adultos en sus propias y limitadas esferas de influencia, aunque no siempre lo sean en su vida privada.

Afirmo (de manera dogmática, para ser breve) que el adolescente es *inmaduro*. La inmadurez es un elemento esencial de la salud en la adolescencia. No hay más que una cura para ella, y es *el paso del tiempo* y la maduración que este puede traer.

La inmadurez es una parte preciosa de la escena adolescente. Contiene los rasgos más estimulantes de pensamiento creador, sentimientos nuevos y frescos, ideas para una nueva vida. La sociedad necesita ser sacudida por las aspiraciones de quienes no son responsables. Si los adultos abdican, el adolescente se convierte en un adulto en forma prematura, y por un proceso falso. Se podría aconsejar a la sociedad: por el bien de los adolescentes y de su inmadurez, no les permitan adelantarse y llegar a una falsa madurez, no les entreguen una responsabilidad que no les corresponde, aunque luchen por ella.

Con la condición de que los adultos no abduquen, no cabe duda de que podemos pensar que los esfuerzos de los adolescentes por encontrarse y determinar su destino son lo más alentador que podemos ver en la vida que nos rodea. El concepto del adolescente acerca de una sociedad ideal es incitante y estimulante, pero lo característico de la adolescencia es su inmadurez y el hecho de no ser responsable. Este, su elemento más sagrado, dura apenas unos pocos años, y es una propiedad que cada individuo debe perder cuando llega a la madurez.

A cada rato me obligo a acordarme de que la sociedad carga con el estado de adolescencia, no con el joven o la muchacha adolescentes, que en pocos años, ¡ay!, se hacen adultos y se identifican demasiado pronto con algún tipo de marco en que nuevos bebés, nuevos niños y nuevos adolescentes puedan ser libres de tener visiones y sueños y nuevos planes para el mundo.

El triunfo corresponde a esta consecución de la madurez por medio del proceso de crecimiento. No corresponde a la falsa

madurez basada en una fácil personificación de un adulto. Esta afirmación encierra hechos terribles.

NATURALEZA DE LA INMADUREZ

Es necesario examinar por un momento la naturaleza de la inmadurez. No hay que esperar que los adolescentes tengan conciencia de ella o conozcan sus características. Tampoco nosotros necesitamos entenderla. Lo que importa es que se salga al encuentro del reto de los adolescentes. ¿Quiénes deben salir al encuentro?

Confieso que me parece estar infiriendo una ofensa al tema con solo hablar de él. Cuanto más fácil nos resulta verbalizar, menos eficientes somos. Imagínese a alguien que condesciende a hablar con adolescentes y les dice: "¡Lo más incitante que tienen ustedes es su inmadurez!" Sería este un grosero ejemplo de fracaso en lo referente a enfrentar el desafío adolescente. Puede que la frase "enfrentar el desafío" represente un regreso a la cordura, porque la *comprensión* es reemplazada por la *confrontación*. Aquí se emplea el vocablo confrontación de modo que signifique que una persona madura se yergue y exige el derecho de tener un punto de vista personal, que cuente con el respaldo de otras personas maduras.

El potencial en la adolescencia

Veamos a qué cosas no han llegado los adolescentes.

Los cambios de la pubertad se producen a distintas edades, aun en chicos sanos. Estos no pueden hacer otra cosa que esperar tales cambios. La espera impone una considerable tensión a todos, pero en especial a los de desarrollo tardío; así, pues, es posible encontrar a estos últimos imitando a los que se desarrollaron antes, cosa que lleva a falsas maduraciones basadas en identificaciones, y no en el proceso de crecimiento innato. Sea como fuere, el cambio sexual no es el único. También hay un cambio en dirección del crecimiento físico y de la adquisición de verdaderas fuerzas; aparece, pues, un verdadero peligro, que otorga a la violencia un nuevo significado. Junto con la fuerza llegan también la astucia y los conocimientos para usarlas.

Solo con el paso del tiempo y de la experiencia puede un joven aceptar poco a poco la responsabilidad por todo lo que ocurre en el mundo de la fantasía personal. Entretanto existe

una fuerte propensión a la agresión, que se manifiesta en forma suicida; la alternativa es que aparezca como una búsqueda de la persecución, que constituye un intento de alejamiento de la locura y la ilusión. Un joven psiquiátricamente enfermo, con un sistema ilusional bien formado, puede engendrar un sistema de pensamiento de grupo y desembocar en episodios basados en la persecución *provocada*. La lógica carece de influencia en cuanto se llega a la deliciosa simplificación de una posición persecutoria.

Pero lo más difícil es la tensión que experimenta el individuo, y que corresponde a la fantasía *inconsciente del sexo* y a la rivalidad vinculada con la elección del objeto sexual.

El adolescente, o el joven y la muchacha que todavía se encuentran en proceso de crecimiento, no pueden hacerse cargo aún de la responsabilidad por la crueldad y el sufrimiento, por el matar y ser muerto que ofrece el escenario del mundo. En esa etapa ello salva al individuo de la reacción extrema contra la agresión personal latente, es decir, el suicidio (aceptación patológica por toda la maldad que existe o que se pueda pensar). Parece que el sentimiento latente de culpa del adolescente es tremendo, y hacen falta años para que en el individuo se desarrolle la capacidad de descubrir en la persona el equilibrio de lo bueno y lo malo, del odio y la destrucción que acompañan al amor. En ese sentido, la madurez corresponde a un período posterior de la vida, y no es posible esperar que el adolescente vea más allá de la etapa siguiente, la de comienzos de su tercera década de vida.

A veces se da por sentado que los jóvenes que "a cada rato se meten en la cama", según la frase popular, y que tienen relaciones sexuales (y quizás uno o dos embarazos), han llegado a la madurez sexual. Pero ellos mismos saben que no es así, y empiezan a despremiar el sexo como tal. La madurez sexual tiene que abarcar toda la fantasía inconsciente del sexo, y en definitiva el individuo necesita poder llegar a una aceptación de todo lo que aparezca en la mente junto con la elección del objeto, la constancia del objeto, la satisfacción sexual el entretimiento sexual. Además está el sentimiento de culpa adecuado en términos de la fantasía inconsciente total.

Construcción, reparación, restitución

El adolescente no puede saber todavía qué satisfacción es posible obtener con la participación en un proyecto que debe

incluir la cualidad de confiabilidad. No le es posible saber hasta qué punto el trabajo, dado su carácter de contribución social, alivia el sentimiento personal de culpa (que corresponde a impulsos agresivos inconscientes, estrechamente vinculados con la relación de objeto y con el amor), y por consiguiente ayuda a reducir el miedo interior y el grado de tendencia suicida o de propensión a los accidentes.

Idealismo

Se puede decir que una de las cosas más estimulantes de los adolescentes es su idealismo. Todavía no se han hundido en la desilusión, y el corolario de ello consiste en que se encuentran en libertad para formular planes ideales. Los estudiantes de artes, por ejemplo, advierten que la materia se podría enseñar bien, por lo cual exigen que así se haga. ¿Por qué no? No tienen en cuenta el hecho de que existen muy pocas personas que sepan hacerlo bien. O perciben que estudian en condiciones de apañamiento físico y protestan. Los otros son quienes tienen que buscar el dinero necesario para solucionar la situación. "¡Bueno —dicen los jóvenes—, abandonen el programa de defensa y dediquen el dinero a la construcción de nuevos edificios universitarios!" No es típico de los adolescentes adoptar la visión de largo alcance, que resulta más natural en quienes han vivido varias décadas y empiezan a envejecer.

Todo esto está condensado hasta el absurdo. Omite la primordial importancia de la amistad. Omite una formulación de la situación de quienes viven sin casarse o con el casamiento postergado. Y no tiene en cuenta el problema vital de la bisexualidad, que se soluciona, pero nunca del todo, en términos de la elección de objeto heterosexual y de la constancia del objeto. Por lo demás se han dado por sentadas muchas cosas relativas a la teoría del juego creador. Más aun, no se habló de la herencia cultural; no es posible esperar que a la edad de la adolescencia el joven corriente tenga algo más que una noción vaga sobre la herencia cultural del hombre, pues es preciso trabajar con intensidad para llegar siquiera a conocerla. A los sesenta años, los que ahora son jóvenes tratarán de recuperar, casi sin aliento, el tiempo perdido, en procura de las riquezas que pertenecen a la civilización y a sus subproductos acumulados.

Lo principal es que la adolescencia es algo más que pubertad física, aunque en gran medida se basa en ella. Implica crecimiento, que exige tiempo. Y mientras se encuentra en marcha

el crecimiento *las figuras paternas deben hacerse cargo de la responsabilidad*. Si abdican, los adolescentes tienen que saltar a una falsa madurez y perder su máximo bien: la libertad para tener ideas y para actuar por impulso.

RESUMEN

En pocas palabras, resulta estimulante que la adolescencia se haga oír y se haya vuelto activa, pero los esfuerzos adolescentes que hoy se hacen sentir en todo el mundo deben ser encarados, convertidos en realidad por medio de un acto de confrontación. Esta tiene que ser personal. Hacen falta adultos si se quiere que los adolescentes tengan vida y vivacidad. La confrontación se refiere a una contención que no posea características de represalia, de venganza, pero que tenga su propia fuerza. Es saludable recordar que la actual inquietud estudiantil y su expresión manifiesta puede ser, en parte, producto de la actitud que nos enorgullecemos de haber adoptado respecto del cuidado de los bebés y los niños. Que los jóvenes modifiquen la sociedad y enseñen a los adultos a ver el mundo en forma renovada, pero donde existe el desafío de un joven en crecimiento, que haya un adulto para encararlo. Y no es obligatorio que ello resulte agradable.

En la fantasía inconsciente, estas son cuestiones de vida o muerte.